

# LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Martes 1.º de Abril de 1862.

Núm. 31.

## DIRECCION

DE LA TENDENCIA RELIGIOSA EN LA INFANCIA  
POR LA MADRE DE FAMILIA.

### II.

La gracia y los auxilios del espíritu divino son, sin duda alguna, indispensables para la purificacion y hasta para la salud del alma de los niños; y la madre, custodio fiel de su dicha, debe orar para alcanzarlos, en tanto que los educa convenientemente para que lo hagan por sí mismos. Pero la sagrada obligacion de la madre no se limita á esto solo: Dios le ha dado sobre el alma de sus hijos una influencia que, por limitada que sea, no es menos eficaz é incontestable para desarrollar los sentimientos religiosos y cristianos en que desde luego se manifiesta la tendencia hácia un objeto superior que nos pone en camino de practicar las virtudes. El amor, el reconocimiento, la confianza, el respeto y la obediencia, son sentimientos que nacen y se mueven en los niños con relacion á sus padres, así como á todas las personas que les rodean y colman de beneficios; y del mismo modo son susceptibles de dirigirse á Dios, siempre que la madre se lo haya dado á conocer como su Criador y Salvador, y desplegue constantemente á su vista las relaciones que los unen á él, hasta el punto de que estos sentimientos tomen el carácter de virtudes. La ternura maternal hace esto insensiblemente por esa misteriosa y dulce influencia con que obra sobre el corazon de sus hijos. Pero

si este trabajo ha de ser fácil y sólido, es preciso que la madre distinga y aprecie perfectamente de qué manera se inicia y desarrolla en su corazon y su conciencia la fé, que no se arraiga jamás sin el cultivo de una absoluta confianza en quien inspira sus primeros gérmenes. La fé, que es el primer y principal fundamento del desarrollo religioso, haciéndose tambien despues su condicion necesaria y esencial, no nace sino en el seno de la confianza, sentimiento que despierta el celo materno y hace característico el reconocimiento á quien tan ardientemente como la madre se interesa por nuestro bienestar y nuestra dicha. Decimos que la confianza ha de ser absoluta, y hasta pudiéramos añadir ciega, por parte del niño, con relacion á su madre, porque solo así puede engendrar una fé pura, en una edad tan temprana, que sea el mejor preservativo contra la corrupcion de la conciencia. Si reconocidos los medios de inspirar al hombre en edad adulta una fé invencible en los principios de nuestra sagrada religion, hallamos el mejor camino en el convencimiento que de su necesidad nos dicta una conciencia recta é ilustrada, claro es que habríamos de emplear los primeros períodos de la vida en preparar la inteligencia para suministrar á la razon y al entendimiento las luces necesarias á fin de que llegase al objeto deseado. Pero con esto, sobre habernos ocupado en una obra tan imperfecta como incompleta, por abandonar el corazon y los sentimientos, estaríamos expuestos al peligro de que infiltrado el error en las doctrinas que se



comunicasen, cegaríamos en vez de abrir las puras y cristalinas fuentes de la fé, aparte de que hacerlo así seria aspirar á un imposible. La confianza, pues, de los hijos en la madre, ha de traspasar los límites de su experiencia, que equivale á tanto como decir, que no se ha de apoyar en un convencimiento que no puede dar la razon en sus primeros destellos para que ella misma abra los caminos de la fé y venga á convertirse en la fé misma; porque, como es sabido, la confianza del niño en la madre, llevada á ese extremo, es la fé que tiene en ella; y esta abre despues, por medio de la educacion que ella dirige y realiza, las vias naturales que Dios ha marcado al hombre para la salud espiritual de la humanidad. Así, pues, nunca habremos encarecido bastante para la madre, el padre y todos los individuos de una familia que concurren con ella como agentes mas ó menos importantes de la educacion, que no olviden ni por un instante que para ellos es un deber sagrado conquistarse la confianza de los niños, haciendo todo género de esfuerzos para poseerla, desarrollarla y aumentarla en sus corazones hasta un punto que traspase el círculo de su comprension y vista el ropaje de la verdadera fé.

Sobre tan sólido fundamento, la educacion religiosa es una tarea fácil y lisonjera; porque si el niño tiene fé en sus padres, la tiene siempre en Dios, cuyos atributos le han de ser enseñados por ellos, y de aquí partirá el impulso que ha de dar vida á los sentimientos religiosos de amor, reconocimiento, obediencia y respeto, que á su vez sirven para fortalecerla. Pero no son estas solas las virtudes que se han de iniciar en los niños, mientras que la fé se arraiga y crece por un trabajo sucesivo y constante; porque tambien aparecen, por su propia naturaleza, otras que se consideran imposibles en la imperfeccion de seres tan tiernos; y de estas merecen notarse la veracidad, la compasion, beneficencia, devocion, justicia y fortaleza. Especialmente estas últimas, aunque en embrion ó verdadero gérmen, nacen de sentimientos que hacen un papel mas ó menos

importante en el desarrollo de la piedad; sentimiento que, unido á la fé, concurre necesariamente á fortificar y perfeccionar á su vez todas las demás virtudes que se encierran en la tendencia religiosa.

Luego que las virtudes religiosas han tenido su manifestacion en el alma del niño, es indispensable alimentarlas y fortificarlas por un ejercicio ó cultivo habitual; y el mejor medio para conseguirlo es la oracion, en la que pueden reasumirse clara y distintamente sus frutos. La conveniencia de la oracion para conseguir este objeto, se funda en una consideracion harto sencilla, tan al alcance de las madres como de personas de menos inteligencia y menos instintos. Dios conoce nuestras necesidades mejor que nosotros mismos, y aun nuestros deseos antes que los hayamos manifestado y le hayamos pedido los medios de satisfacerlos: lo gobierna todo con una sabiduría á que nuestra inteligencia no se puede aproximar. De aquí la eficacia de la oracion para consolarnos, fortificarnos y atraer sobre nosotros las bendiciones divinas. Pero ha de ser la verdadera oracion, es decir, la oracion del corazon, que se ejerce con nuestras facultades religiosas, las que al propio tiempo contribuye á desarrollar y fortificar aproximándonos á Dios y haciéndonos entrar en las vias que nos ha trazado para hacernos felices. El hombre que dirige sus oraciones á Dios, lo hace á un sér que no puede engañar; y he aquí por qué con la oracion sale, por decirlo así, de su via ordinaria para colocarse frente á frente á la verdad eterna; aunque sea por un solo momento, se despoja de su orgullo y sus pasiones para engalanarse con el ropaje puro de la humildad, la sinceridad y la santidad, renunciando á los engañosos encantos de la ilusion por tocar la realidad de las cosas.

Esto revela toda la importancia que la oracion tiene para los niños, y muy especialmente el interés y cuidado que merece por parte de las madres que han de enseñarla y dirigirla; por esta razon concluiremos esta



materia con un artículo especial para trazarla el camino mas fácil de llenar su cometido.

L. R. Y P.

### LA AUTORIDAD DEL MARIDO.

¿Debe haber una autoridad en la familia? No hay que dudarlo, aunque solo se considere que no hay sociedad posible sin una autoridad. En efecto, cada una de las distintas personas que componen una sociedad tiene sus ideas, sus sentimientos, sus intereses diversos, y no es posible que siempre estén todas acordes. ¿Qué sucederá si no hay voluntad única y comun que dé la ley? O nadie hará nada, o todos obrarán en sentido contrario. Pero la accion es necesaria, porque la inaccion arruinaría á la sociedad. ¿Se obrará sin union, sin armonía? Esto seria ya la ruina de la sociedad. En ambos casos la sociedad perece por inercia ó por anarquía: luego la autoridad es necesaria.

Además de estas razones generales, las hay particulares en favor de una autoridad en la familia. Una sociedad puede estar compuesta de personas que, consideradas en general, sean iguales entre sí; pero la familia se divide en dos grupos necesariamente desiguales: por una parte los padres, y por la otra los hijos. Por mucho que se aspire á la igualdad humana, no se puede pretender que deba haber igualdad de voluntades entre estos dos grupos de individuos. Es evidente que cuando los hijos no pueden moverse por sí mismos, ni alimentarse por sí mismos, ni en fin, instruirse por sí mismos, y durante todo el tiempo que, por su inexperiencia, no están en estado de dirigir sus propias acciones, deben ser primeramente conducidos y alimentados; despues, instruidos y dirigidos por otros: y, ¿á quién pertenece este cargo, y por consecuencia este poder, sino á los que habiéndolos puesto en el mundo son responsables de su existencia?

Como padres, su autoridad es una, igual, solidaria: el hijo debe obedecer igualmente á

su padre y á su madre, sin discutir cuál de estas dos autoridades es superior á la otra; y el que así suceda siempre, dependerá de la prudencia de ellos. Pero como en dos personas, por bien unidas que estén, no es posible encontrar una constante uniformidad de miras, de sentimientos y de voluntades, menester es una voz preponderante que decida, menester es que una de estas dos personas investidas de la autoridad doméstica tenga el privilegio de la autoridad suprema.

Pero, ¿qué título dá derecho á ejercer esta autoridad? La supremacía de la razon; porque, sin duda, el poder pertenece en la familia al que es bastante razonable para gobernarla.

No se alarmen nuestras lectoras: estamos muy distantes de disputar que la muger, como el hombre, posee el atributo distintivo de los seres humanos; pero creemos que hay dos especies de razones, la razon viril y la razon femenina; que estas dos razones tienen, en particular, sus cualidades propias, y que las cualidades propias de la razon viril son precisamente aquellas que tienen mas relacion con los atributos del mando.

Para tratar este delicado asunto, nos apoyaremos en la opinion de una muger muy superior, la célebre autora del *Ensayo sobre la educacion de las mugeres*:

«Por lo menos, siempre será necesario, — dice la condesa de Remusat, — reconocer en el hombre mas *extension* en las facultades, y la extension de la inteligencia es la medida de su fuerza.... La *continuidad* y la profundidad nos faltan cuando queremos ocuparnos en cuestiones generales.... demasiado impresionables para permanecer *imparciales*, y demasiado móviles para fijarnos con gravedad, mejor podemos *reparar* que observar.»

En efecto, el hombre tiene en la inteligencia mas extension, mas continuidad, mas imparcialidad que la muger, y estas tres cualidades son las que convienen para el ejercicio de la autoridad.

El primer atributo de la razon del hombre



es la extension; porque conoce mas cosas, las conoce mas profundamente, y tiene mas hábito de comparar y juzgar. La muger, por el contrario, no vé las cosas sino separadamente; y como cada impresion particular la mueve de una manera muy viva, solo tiene, ordinariamente, ideas exclusivas é incompletas. El hombre es mas apto para los grandes estudios; y aunque no sepa mucho, sabe mas que la muger en igualdad de circunstancias. Además: su vida, que es mas libre y que tiene una esfera mas ancha de accion, le permite experimentar muchos mas objetos, muchos mas hechos, muchas mas relaciones, y formarse principios mas numerosos y mas generales. Esta superioridad de aptitud y de educacion científica y práctica mantiene la superioridad intelectual del hombre: posee al mismo tiempo mas ideas abstractas y mas hechos particulares, y en esto consiste la extension de la inteligencia.

En segundo lugar, el hombre tiene mas continuidad en las ideas, porque tiene menos movilidad en las impresiones, y como posee mas ideas generales, es mas capaz de razonar. La muger razona poco; su razon es toda de sentimiento; á un argumento incontestable, responde con un rasgo de imaginacion ó de pasion; y si entra una vez en cualquiera idea, ya no sabe emanciparse de ella: el razonamiento la impacienta ó la domina, y tan fácil es, en alguna ocasion, engañarla con un sofisma, como difícil, en ciertos casos, convencerla con un razonamiento.

Hay pocas mugeres, aun entre las mas superiores por su inteligencia, que sean capaces de seguir un razonamiento abstracto durante un cuarto de hora. Mma. de Longueville, cuya interesante historia figura en la obra de M. Sainte-Beuve, titulada *Retratos de mugeres*, ofrece un ejemplo notable de la dificultad que ofrece, aun á las mugeres mas distinguidas, el seguir un razonamiento abstracto. Nicole sostuvo un dia á Madame de Longueville que podia demostrarle que habia en París por lo menos dos personas

que tenian un mismo número de cabellos.

«Supongamos como cierto, decia, que la cabeza mas poblada de cabellos no tenga mas de doscientos mil, y que la menos poblada tenga por lo menos uno. Si ahora suponeis que doscientas mil cabezas tienen todas un número diferente de cabellos, será necesario que cada una de ellas tenga uno de los números de cabellos comprendidos desde uno hasta doscientos mil; porque si se supusiese que entre las doscientas mil cabezas hubiera dos que tuviesen un mismo número de cabellos, yo habria ganado la apuesta. Pero, suponiendo que estos doscientos mil habitantes tengan todos un número diferente de cabellos, si yo agrego un solo habitante mas que tenga cabellos, y que no tenga mas de doscientos mil, será indispensable que el número de sus cabellos se encuentre entre uno y doscientos mil, y que, por consiguiente, sea igual al número de cabellos de una de las doscientas mil cabezas. Como en vez de un habitante mas de los doscientos mil, hay muy cerca de ochocientos mil en París, muy bien veis que con razon puedo afirmar que hay muchas cabezas de igual número de cabellos, aunque no los haya contado.»

Mma. de Longueville jamás pudo comprender que se pudiese hacer una demostracion de esta igualdad de cabellos, y sostuvo siempre que el único medio de probarla era el contarlos.

En fin, la tercera ventaja que el hombre tiene respecto á la muger, es la imparcialidad, esto es, la disposicion á juzgar sin prevencion ni pasion. Sin duda que el hombre tiene pasiones, y no decimos que no se deja extraviar; pero no se vé comunmente tan engañado por ellas como la muger por las suyas; ó, si se quiere decir de otro modo, se engaña mas voluntariamente: no es tan fácil que se ciegue hasta el punto de no ver la diferencia entre lo que es verdadero por sí mismo y lo que no lo es sino con relacion á sus deseos. Además: si bien tiene sus pasiones particulares, no es, en general, una criatura tan apasionada: en él, la



razon y la pasion no se confunden, mientras que en la muger todo es pasion, y hasta la razon misma lo es; porque sus impresiones son mas vivas y variables y no suele ver sino un lado de las cosas, sobre todo, el que le conviene. Sin embargo, no faltan excepciones: hay hombres tan móviles y arrebatados, tan poco acordes consigo mismos y tan impresionables, que presentan el ridículo contraste de tener pretensiones viriles y un alma femenina. Hay mugeres tan tranquilas, tan independientes de sus pasiones ó de las de los demás, y con un juicio tan seguro y desinteresado, que el hombre mas firme podria envidiar la rectitud y solidez con que juzgan; pero generalmente, el hombre juzga mas por la inteligencia y la muger por el corazon.

En suma: siendo la razon del hombre mas extensa, mas consecuente y mas serena que la razon de la muger, es mas propia para gobernar; porque, percibiendo mejor las relaciones, calculando mejor las consecuencias, y pesando de una manera mas equitativa las ventajas y los inconvenientes, sabe tomar las grandes resoluciones de las cuales depende á veces la existencia de una familia, mucho mejor que una razon mas viva y sutil, pero demasiado móvil y preocupada.

Pues si todo esto es verdad, se nos dirá, ¿qué vá á ser entonces del grande y bello principio de la igualdad entre el hombre y la muger? Pero, ¿de qué igualdad se quiere hablar? ¿De la igualdad política? No creemos que las mugeres nos la envidien. ¿De la igualdad civil? Este es negocio de leyes, y dejamos á los jurisconsultos el cuidado de discutir esta cuestion. ¿De la igualdad de mando? Ya hemos visto que no es posible; porque en una sociedad compuesta de dos personas, si no hay constante acuerdo, es indispensable una voz predominante. En fin, ¿de la igualdad moral? Esta es verdadera y evidente, esta es la condicion de una familia dichosa; pero puede conciliarse con la desigualdad del mando, y la superioridad que este supone está suficientemente compensada con la soberanía se-

creta é insensible que la muger ejerce por el corazon y en los mil pormenores de la vida.

He aquí cómo se puede expresar el progreso que el Cristianismo y las luces de los tiempos modernos han introducido en las relaciones de los dos sexos: el hombre no es ya el amo y señor de la muger, sino el gefe de la familia. La muger no es su esclava, ni su sierva, ni su súbdita, sino su subordinada, en el orden del derecho, sin dejar de ser su igual en el orden moral.

J. T. L.

## EXPLICACIONES

SOBRE LOS FENÓMENOS ORDINARIOS DE LA NATURALEZA.

Desarrollo de la electricidad.

¿Por qué llamaban los antiguos á este fluido «ELECTRICIDAD,» que significa la propiedad del ámbar?

Porque el ámbar (*electrum*) es la primera sustancia en la cual se ha reconocido que la frotacion desarrolla la propiedad de atraer los cuerpos ligeros, como la médula de sauco y las barbas de pluma.

*Thales descubrió esta propiedad del ámbar seiscientos años antes de J. C.*

¿Cuántas ESPECIES DIFERENTES hay de electricidad?

Hay dos especies de electricidad: la electricidad *vítrea* y la electricidad *resinosa*.

¿De dónde procede la denominacion de electricidad VÍTREA?

De que esta electricidad fué encontrada al frotar un cilindro de *vidrio pulimentado*.

¿De dónde procede la denominacion de electricidad RESINOSA?

De que esta electricidad se desarrolla en un cilindro de *resina* frotado con lana.

¿Se designan tambien con OTROS NOMBRES las dos electricidades?

Sí: la electricidad vítrea se llama *positiva* y la resinosa *negativa*.

¿Por qué se les dá los nombres de electricidad POSITIVA y electricidad NEGATIVA?

Porque se creyó en otro tiempo que las dos especies eran solamente dos grados: el uno por *exceso*, y se le llamó electricidad *positiva*; y el otro por *defecto*, se le denominó electricidad *negativa*.



¿Por qué la FROTACION produce la electricidad?

Porque rompe el equilibrio de los dos fluidos, los cuales no quedan ya en *reposo*, sino que se separa el uno del otro.

Cuando esto sucede, se dice que los dos fluidos están en estado libre: su combinacion constituye el *fluido neutro* ó el estado *natural* de los cuerpos.

¿Por qué un pedazo de papel se ADHIERE á la mesa cuando se le frota con un pedazo de GOMA ELÁSTICA?

Porque la frotacion desarrolla la *electricidad*, que tiene la propiedad de atraer, ó hacer adherentes, los cuerpos.

¿Por qué cuando se CEPILLA demasiado el cabello se siente algunas veces comezon en la cabeza?

Porque la frotacion desarrolla *electricidad*, que irrita la piel de la cabeza.

¿Por qué algunas veces sentimos cierta impresion en la cara cuando vá á llover?

Porque cuando el aire está sobrecargado de *electricidad*, el vello de la cara lo está tambien y produce en la piel una sensacion como de *telas de araña*.

¿Por qué los animales domésticos (como los perros y los gatos) se FROTAN las orejas cuando vá á llover?

Porque el aire está cargado de *electricidad*, que se insinúa en los *pelos delicados de las orejas* de estos animales, y produce una irritacion.

LA ELECTRICIDAD DEL AIRE, ¿cómo puede producir una sensacion de picor en la piel?

Porque estando los pelos cargados de *electricidad*, no permanecen *echados*, sino que tienen una tendencia á levantarse y producen una sensacion particular como si la piel estuviese cubierta de *telas de araña*.

La *electricidad*, como el calor, es invisible, aunque algunas veces esté acompañada de luz, como tambien de calor.

La *electricidad* no produce luz ni calor cuando pasa por un buen conductor.

¿Acompaña algun OLOR á la electricidad?

Sí: cerca de una gran máquina eléctrica en accion, se nota siempre un olor semejante al del *azufre* y al del *fósforo*.

#### LA HERMOSURA Y LA FEALDAD.

Hay moralistas tan austéros, que desprecian la hermosura porque es cosa pasajera.

Si se debiese despreciar la hermosura porque pasa, seria menester despreciar todas las cosas del mundo, porque todas pasan: hasta se debería despreciar la vida, que pasa como la hermosura.

Si la hermosura de una muger es una mentira, con mas razon lo será la de la primavera, que es mas fugaz.

Pero se dice que la primavera pasa para renacer.

Error. La primavera no renace. ¿Dónde están las flores del año último?

Cada año nace una nueva primavera, como en cada estacion una belleza nueva viene á reemplazar las ya extinguidas.

Todo lo que puede ser benéfico, no es una mentira. La hermosura puede hacer mucho bien, porque una buena cara, en armonía con el carácter, puede inspirar á un alma noble el sentimiento de su propia fuerza y aspiraciones elevadas.

La hermosura no es una mentira, sino un don de la naturaleza; y no es gratuito, porque impone deberes.

La hermosura no dispensa nada de lo que es propio de la mas exquisita bondad.

Algunas jóvenes no lo saben, y confunden muy á su placer la bondad con la tontería: no saben que la bondad es la virtud mas grande de la muger y una de las virtudes mas grandes del hombre.

Un eminente orador sagrado ha dicho que Dios, al crear el alma de los héroes, puso primero en ella la bondad. Y lo que no se ha considerado indigno de un héroe, ¿se atreverá una joven á creerlo indigno de ella?

La hermosura exige la mayor modestia: si os hacéis homenajes á vosotras mismas, pronto no los obtendréis de nadie.

La hermosura exige amabilidad y gracia para todos; los hombres sacuden pronto cualquier yugo arbitrario y tiránico.

Unida á las gracias del talento y del carácter, la hermosura se hace perdonar, respetar y adorar; altiva, caprichosa y frívola, puede muy bien atar á su carro triunfal algunas almas serviles; pero tiene en su contra á los hombres de talento, de buen gusto y de corazon, es decir, á los únicos que saben dar á las cosas su verdadero valor.

La filosofia no es enemiga de la belleza, porque enseña que la belleza del mas humilde sér, la de una flor, la de un insecto, es un reflejo de la belleza invisible é increada; pero, por lo mismo que le dá tan alto origen, encarece mucho sus obligaciones.

Las ventajas que debemos á la naturaleza no nos han sido dadas para disfrutarlas caprichosamente, y humillar á quien no está provisto de ellas, sino que sirven de materia á nuestras virtudes; y cuanto mas favorecidos estamos, mas cuentas tenemos que dar.



La hermosura no está exenta de esta ley; no debe considerarse, ni consentir que se la trate, como una *divinidad*; y si es una *divinidad*, será necesario hacerle oír el lenguaje con que Bossuet decia á los reyes:

«¡Oh reyes, sois dioses, pero dioses de carne y sangre, dioses de lodo y polvo!»

Si la hermosura no debe enorgullecerse, su contraria no debe desesperarse.

La fealdad tiene mil medios de establecer el equilibrio, y aun de poner de su parte la ventaja.

Si las facciones valen principalmente por la expresion, una cara poco favorecida, en que brille el dulce resplandor de la inteligencia y de la bondad, agrada con frecuencia mas que otra muy perfecta, que carezca de este grato y necesario acompañamiento.

Y si esto es así, ¿qué pueden añadir á la dicha de la intimidad algunas líneas mas ó menos correctas?

Si por consecuencia del hábito se acaba por mirar con indiferencia, ó por no mirar nunca, una bella estatua, ¿cuánto mas pronto no cansará una hermosura unida á un mal carácter, que no se compone ya para agradar á quien pertenece, y que reserva todos sus encantos para el mundo?

Por el contrario, la falta de atractivos exteriores es un pequeño defecto á los ojos de un marido, si están reemplazados por la gracia, la jovialidad y la ternura: la expresion de estos sentimientos, ¿no comunica al rostro una especie de belleza? Por eso la intimidad hace que desaparezca muy pronto la diferencia que hay entre la hermosura y la fealdad.

T.

JULIA.

(Continuacion.)

Mientras que don Ramon, don Justo y don Paulino hacian el elogio de nuestra heroína de la manera que acaban de ver mis lectores, seis ó siete jóvenes, formadas en corrillo, cuchicheaban y reian al extremo opuesto del paseo, mirando á hurtadillas á Julia cada vez que daba una vuelta.

Brígida Arana, una de las pocas amigas de Julia, y su rival en dote y en belleza, tenia la palabra.

—¡Nada, chicas, lo sé de buena tinta!... El repartidor del teatro se lo dijo esta mañana á mi criada. ¡Vamos á tener una boda *cómica* y funcion gratis!

—¡Muger, no me lo digas! Pues, ¿y sus humos aristocráticos?

—Se han desvanecido al soplo del amor.

—¡Ella, que despreció á Rafael por *harinero*!

—¡Pues ahí verán ustedes! Cupido ha entrado ahora en su corazon bajo la forma de un galan....

—¿Jóven?

—Precisamente. ¡Y con una facha!...

—¿Guapo?

—¡Como un soll!... ¿no le conoces?

—Nó, y lo siento.

—Pues yo te lo enseñaré esta noche. ¡Verás una cosa de gusto!

—Es la imágen del espíritu de la golosina....

—La melancolía personificada.

—Cuando veas salir á uno cuyas piernas se parecen á un compás, dí: ese es.

—Vamos, ¡pobrecillo! que no será tan feo como ustedes lo pintan. Algo bueno tendrá cuando ha sabido flecharla.

—¡Muger, quizá sea mentira!... Yo no puedo creer que Julia....

—Hay documentos justificativos.... cartas que han circulado por el vestuario.

—¿No sabes algun trozo de memoria, Brígida?

—Nó, pero deben ser muy tiernas.

—Y él.... ¿es persona decente... en su clase?

—Alumno del conservatorio.

—Dicen que maneja el dedal perfectamente, y que sabe cortar el verso lo mismo que un pantalon ó una levita.

—¡Cómo! ¿ha sido sastre?

—Sí, señoras, ha tenido el grado de *oficial* en ese illustre cuerpo.

—¡Já!... ¡Já!... Y echó un *dobladillo* á su carrera....

—Para entrar en el teatro.

—Entonces, no es extraño que desee dejar la escena para echar un *remiendo* á la vida con los milloncejos de papá Crisanto.

—Eso es mas difícil.

—Para el amor no hay dificultades.

—¡Chíst!... ¡hablen ustedes bajo que se acerca la interesada!

—Y está muy desmejorada, ¿no es verdad, chicas?

—Yo la encuentro como siempre.

—Nó, nó, tiene razon Emilia: está mucho mas pálida.

—Pero mas interesante.

—Es que, hay que ser francas: Julia es muy guapita.

—Sí, no digo que nó; pero es una belleza muy seria.

—Muy triste.

—Y luego, ¿es tan rubia!... á mí no me hace ni chispa de gracia el color de su pelo.

—Ni á mí tampoco.

—¿Y sus ojos? tan lánguidos, tan....

—No son sino muy expresivos.

—¡Pero azules!... ¿y tú, Brígida?

—Yo sí, cuando son como los de Julia.

—¡Pues á mí no me parecen bonitos!



—Digan ustedes lo que quieran, Julia es muy guapa. No tiene mas que un defecto.

—¿Cuál?

—¡Que es tonta!

—Eso de capirote.

—Siempre lo fué.

—Y mal que no es de ahora.

—Escucha, Brígida, no nos has dicho en dónde conoció al galán.

—No se sabe.

—Pero esas relaciones serán un pasatiempo....

—¿Pasatiempo?... ¡el día menos pensado se nos casa! ¡Si está enamorada perdida!

—¿De esa estampa?

—¡Qué quieren ustedes! ¡De gustos no hay nada escrito!

—¡Seria gracioso!

—Yo daba algo bueno por ver esa boda.

—Y yo.

—Todo el mundo la conoceria entonces por la cómica.

—Pues ya saben ustedes que el amor hace milagros.

—Conque, adios, chicas, y allá veremos el desenlace que tiene la comedia.

—Adios, Brígida.

—Adios.

—Adios.

—Hasta la noche, ¿eh?

—¡Que vayas á mi palco!

—Bueno.

Y las seis ó siete jóvenes se despidieron con una lluvia de besos, segun es uso y costumbre entre las señoras mugeres.

## XI.

A las tres de la tarde de aquel mismo día, nuestro amigo don Crisanto salia del Suizo, atravesaba el Muelle con una agilidad impropia de sus canas y subia la escalera de su casa hecho un energúmeno. Su fisonomía estaba completamente desencajada, y una tinta sanguinolenta cubria la córnea de sus ojos, cuyas pupilas, de ordinario tan dulces y apagadas, arrojaban chispas de cólera.

Al llegar á la puerta, dió tan fuerte campanillazo, que poco faltó para que el boton de metal se le quedase entre las uñas.

—¡Ave María purísima,—dijo Luisa abriendo la puerta—y qué modo de.... ¡Ah! ¿es usted, señor don Crisanto? La señorita se halla vestida hace media hora y le espera á usted impaciente.

—¿Sí? pues que vuelva á desnudarse.

—¡Cómo!... ¿no vamos al Astillero? ¡pues si está el bote aguardando!

—¡No vá á ninguna parte! ¡á ningunal... ¿lo oyes?

—¡Jesus! ¿qué tiene usted?

—¡Nada!

—Pero....

—¡Silencio!

Y don Crisanto cerró la puerta violentamente y dijo á Luisa:

—¡Haga *usted* el favor de ir hácia mi cuarto!

—Pero....

—¡Silencio he dicho, y vaya usted por delante!

Luisa, con esa viveza de imaginacion natural en las mugeres, aun en las mas palurdas, adivinó en seguida el origen de la cólera de don Crisanto, y se dispuso á resistir la tormenta.

Obedeció sin chistar la orden que se le intimaba, y entró con el padre de Julia en la habitacion que ya conocen mis lectoras.

Don Crisanto cogió una silla, tomó asiento, se limpió el sudor que bañaba su frente, y fijó sus ojos de basilisco en la trasmerana.

—¡Venga *usted* acá!

Luisa se aproximó.

—Vá *usted* á responderme á lo que le pregunte....

—Pero, señor, ¿á qué viene todo esto?...—dijo Luisa, afectando la mayor candidez.

—¡Silencio!... ¡y cuidado con mentirme!

—¡Mentir!... ¿y á qué santo?

—¿Adónde estuvo *usted* ayer con mi hija?

—¿Ayer?...

—¡Ayer tarde, sí, señora!

—¡Tómal fuimos á pasear al Alta, como siempre.

—Y ¿adónde mas?

—A los Cuatro Caminos.

—¿Y luego?

—Llegamos hasta el Cajo, y nos volvimos por la alameda primera.

—¿No estuvieron ustedes en el Sardinero?

—¡Nó, señor!... hace un siglo que no hemos estado allí.

—¡Luisa!

—Mande usted, señor.

—¡Mientes como una bellaca!

—Le juro á usted....

—¡Cállate, infame!

—Pero, señor, ¡por María Santísima! cuando le digo á usted....

—¡Que te calles!

—¡Pues no quiero callarme, nó, señor! ¡porque una sea pobre, no por eso ha de dejar una que la insulten!

—¿A quién vieron ustedes en el paseo?

—¿Qué sé yo? ¿Ha de llevar una cuenta con la gente que pasa arriba y abajo?

—No digo eso. Lo que pregunto es que quién acompañó á ustedes.



—¿A nosotras?... ¡nadiel!

—¿Nadie?

—Nó, señor.

—¡Piénsalo bien, Luisa!

—Pero, señor, ¿cree usted que yo no me acuerdo de lo que hago?... ¡cuando le digo á usted que nadiel...

—Pues yo sé que alguno acompañó á ustedes: acaban de decírmelo y....

—¡Jesus, qué mentira tan grande, señor don Crisanto! Si nos hubiese acompañado alguno, ¿por qué había yo de negarlo, vamos á ver?

—¿Y por qué tiene mi hija tanta prisa por ir al Astillero?

—La señorita no tiene prisa ninguna.

—Tú acabas de decírmelo.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¿no me has dicho que estaba impaciente?

—Porque usted prometió venir á buscarla á las dos y media, y ya son mas de las tres.

—Esa no es razon suficiente.

—Y porque todos los domingos vamos á la misma hora.

El aplomo de la trasmerana empezaba á calmar un poco la cólera de su amo.

—Escucha, Luisa: ¡como no sea cierto lo que acabas de responderme, hoy mismo, sin salir del dia, te pongo en mitad de la calle!

—¡Y tan cierto como es!

—¡Corriente: no te digo mas!

—Vaya, apuesto á que han ido á calentarle la cabeza con algun embuste.

—Nada te importa lo que me han dicho.

—Y usted lo ha creído á puño cerrado, y viene á pegarla con nosotras, cuando todo eso no es mas que hijo de la envidia.

—¿Qué envidia?

—Sí, señor, de la envidia que tienen á la señorita, porque es mas guapa, y porque tiene mejor ropa, y porque es mas rica que ellos.

Y Luisa levantaba la voz por grados á cada una de estas calificaciones.

Mis lectoras recordarán que en el dormitorio de don Crisanto había una puerta de comunicacion con el gabinete de su hija.

Al terminar Luisa la última frase, el pestillo se levantó, y Julia, en traje de campo y con un elegante sombrero de paja adornado de plumas azules, apareció bajo el dintel.

—Papá, ¿qué escándalo es este?... ¿á qué vienen esos gritos?—dijo entrando en la habitacion.

Cuando Luisa vió á su ama, fué á colocarse detrás de la silla de don Crisanto, y la hizo una expresiva seña, llevándose la mano al pecho, apretando despues los lábios

con el índice y el pulgar, y meneando la cabeza de derecha á izquierda con la mayor rapidez.

—Nada, señorita,—se apresuró á decir la trasmerana volviendo á su puesto;—es que su padre de usted se empena en que....

—¡Luisa!—interrumpió don Crisanto levantándose,—¡vete allá fuera!

—En que....

—¡Vete allá fuera inmediatamente!

—¡Jesus! ¡allá voy!.... ¡Ni que fuera una un negro de Angola!

—Pero, ¿qué significa todo esto, papá?—volvió á preguntar Julia, así que se quedó sola con su padre.—¿Por qué riñes á Luisa?

—Por nada.

—Nó, algo será cuando te enfadas de esa manera.

—Me enfado porque no quiero que nadie se ocupe de mí ni de mi familia.... ¿comprendes?

—Ni una palabra, papá.

—Y porque nõ me acomoda que des motivo para que todo el mundo censure tus acciones, ni que hables públicamente con personas de poco mas ó menos.

—¿Yo he dado motivo?...

—Así parece.

—¿Yo hablo con personas....

—Que merecen el mas soberano desprecio, y que son indignas de que les dirijas ni un saludo.

Julia se encogió de hombros.

—Papá, hazme el favor de explicarte, porque yo no te entiendo.

—Ven, siéntate aquí,—le dijo don Crisanto.

—¿Pero no vamos al Astillero? ¡mira que ya es muy tarde.

—Nó, hoy no salimos.

—¿Y para eso me has hecho vestir?... ¿Sabes, papá, que te vas volviendo muy caprichoso?

—Otro dia iremos, ¿no te dá lo mismo?

—Me es completamente igual; ¡pero no sé á qué vienen esas manías!

—Acerca esa silla, Julia, y escúchame un momento.

—¿Qué tienes que decirme?

—¿Vas á responderme la verdad á lo que te pregunte, hija mia?

—¿Estás acostumbrado á que yo te mienta?

—Nó.

—Pues entónces, ¿por qué me haces esa prevencion?

—Porque es muy sério lo que voy á decirte.

—¡Empiece usted, señor juez!—dijo nuestra heroína en tono de broma.

—¿Saliste ayer tarde?

—Sí.

—¿A dónde fuiste?

—Al Alta.



—Y luego bajaste al Sardinero, ¿verdad?

—Nó, á los Cuatro Caminos.

Don Crisanto miró á su hija; pero esta sostuvo la mirada de su padre sin pestañear.

—¡Prosigue!—añadió Julia.—Hasta ahora no encuentro nada de extraordinario en todo lo que me dices, sino esa curiosidad que te ha entrado de repente.

—¿Y á quién encontraste en el paseo?

—A varias personas.

—¿Conocidas?

—De vista.

—¿Hablaste con alguna?

—¿Sabes, papá, que no tenias precio para magistrado?

—No importa, respóndeme, hija mia.

—Nó.

—¿Con ninguna absolutamente?

—Pero, papá, ¿cómo se dicen las cosas?

—¿Ni te encontraste á ninguno de los actores del teatro?

—Puede ser; pero no lo recuerdo.

—¿Ni has hablado con alguno de ellos en las tardes anteriores?

—¿Yo?... ¡jamás!

Y el bellissimo rostro de Julia, aquel rostro de diez y siete años, revelaba la mas profunda calma y tenia la expresion mas ingénua del mundo, tanto, que el mas hábil fisonomista no habria podido notar la menor alteracion.

—Pero, señor, ¿por qué mienten de esa manera?—exclamó don Crisanto.

—¿Has acabado, papá?

—Sí.

—Pues ahora empiezo yo.... y ¡cuidado con no querer responderme! Ya ves que he sufrido tu interrogatorio con paciencia. ¿De dónde vienes?

—Del café Suizo.

—¿Con quién has estado?

—Con don Ramon.

—¿Qué te ha dicho?

—Una infinidad de cosas.

—¡Nada de términos vagos! Responda usted categóricamente. ¿Qué te ha dicho?

—Que ayer tarde te habia visto hablar con un cómico en el Sardinero, que sabia de un modo positivo que estabas en correspondencia con él, y que hoy le habias dado una cita en el Astillero.

Julia lanzó tan estrepitosa carcajada, que su padre la miró con ojos de asombro.

—¿Y te ries?—la dijo.

—Pues, ¿no me he de reir?... la historia es risible de puro ridícula.

—Sin embargo, Julia, cuando se trata de una cosa tan grave....

—Debe una llorar, ¿no es cierto? Nó, papá: lo que se debe hacer cuando un babilonio como ese nos viene con una habladuría semejante, inventada ex-profeso para quemarnos la sangre, es mandarle noramala. Don Ramon y sus amigotes del Muelle no me pueden ver desde que puse fin á las relaciones del hijo de don Paulino, diciéndole que yo era muy jóven para casarme, y que nunca lo haria con un harinero. Ahí tienes el motivo por el cual se ocupan de mí, y por qué inventan cada dia una nueva cosa para mortificarnos. ¡Ahora nos salen con que estoy en relaciones con un cómico! Y bien, aunque lo estuviera, ¿qué les importa á ellos? Si me gustaba mas que ninguno de sus hijos, ¿qué tienen que ver con que me case con un general ó con un peon de albañil? ¿Se figuran esos vanidosos que un cómico, un pintor, un artista cualquiera no vale tanto como ellos? ¿A dónde están sus títulos de nobleza?... ¿en que saben hacer números?... ¿en que son ricos?... ¡Tambien lo somos nosotros, y mas que ellos! Por consiguiente, como no necesito un novio que me compre á peso de oro, que nos dejen en paz y que no se tomen tanto interés por nuestros asuntos. Que me case con quien se me antoje, ó que me quede soltera toda la vida, nada les importa. ¡La culpa tienes tú que das oídos á sus necedades!

—¿Yo?

—Sí, tú, papá: con volverles la espalda y no hacerles caso, evitabas todo esto. Y no que entras alborotando la casa como si el cielo se nos hubiese caído encima.

—Pero, Julia, yo soy tu padre, y no puedo oír con indiferencia que te quiten el pellejo, ni tampoco permitir que tú fueras la novia del primer quidam que llegase.

—Ya sé, papá, que en materia de casamiento opinas lo mismo que don Ramon y comparsa *almacenera*; ya sé que para tí el que no es rico no es persona decente, ni posee cualidades para yerno; pero tambien sabes, porque te lo he dicho mil veces, que tu hija se casará á su gusto, ó no se casará nunca. Gracias á Dios, pasó la época de los padres tiranos, y no creo que tú pretendas resucitarla.

—Yo no me opondré nunca á lo que sea razonable; pero ¿dar mi hija á un cómico?...

—¡No se trata de eso, papá!

—De eso precisamente, puesto que me han dicho....

Julia se levantó con la rapidez del rayo.

—Si das crédito á esos chismes de café, y no á las palabras de tu hija, es inútil que prosigamos esta conversacion. Buenas tardes, papá.

Y con las mejillas encendidas, y con ese aire régio que ya le conocemos, se dirigió hácia su gabinete.

—¡Julia!... ¡no empecemos con niñerías.... ven acá!

—dijo don Crisanto dulcificando su acento.—Bien sabes que yo no puedo creer esos disparates; pero no puedo remediarlo, me incomoda cuando los oigo.



—Pues si no los crees, ¿á qué vienes armando toda esa bulla? ¿á qué tomas esos humos de juez de primera instancia?

—Vamos, dame el otro sombrero, y dí á Luisa que lleve una cesta para coger fruta.

—Es inútil, papá; yo no salgo.

—¿No quieres venir al Astillero?

—Nó: otro día iremos.

—¿Lo ves? ya estás enfadada conmigo.

—¡Y tengo razon de sobra para estarlo, y por mucho tiempo! Con eso aprenderás á conocer que una sola palabra mia vale mas que todas las ridículas historias de tus caritativos amigos del café. Adios.

—Pero.... ¡Julia!

—¿Qué?

—¿No quieres tampoco ir al teatro esta noche?

—Nó.

—¡Dios mio, qué muchacha esta!

—¡Adios, papá!

Y la pequeña Julia desató las cintas de su sombrero, y entró en su gabinete, dejando á su padre convencido hasta la evidencia de que la habian calumniado sin piedad.

(Se continuará.)

## EL AVARO Y EL PRÓDIGO.

El tio Benito, que habia sido albañil en su juventud, llegó á ser un excelente maestro de obras y contratista, y casó con la hija única de un rico labrador; con lo cual, y su laboriosidad, honradez y buena fortuna, adquirió una considerable riqueza.

Tenia dos hijos, á quienes amaba con extremo, aunque cometió con ellos la grave falta de no dedicarlos á carrera ni profesion alguna. «Eso de afanarse y aprender un oficio, ó seguir una profesion, era bueno para mí, que nada tenia; pero ya mis hijos tienen para vivir cómodamente sin trabajar, y no quiero que se molesten,» decia el buen hombre. Creia hablar como un padre amante del bien de sus hijos, y era todo lo contrario.

Muertos el tio Benito y su muger, heredaron sus riquezas sus dos hijos, Carlos y Félix, y una hija, Isabel, que era un dechado de virtudes y piedad, á pesar de sus pocos años. Cada uno recibió una fortuna de tres mil duros de renta.

Félix, que desde su infancia habia manifestado disposiciones á la prodigalidad, derrochó en poco tiempo su bonito caudal: apenas contaba veinte y cinco años cuando sus padres faltaron, y ya debia mas de veinte mil duros á los usureros: pagados estos, adoptó aquel un género de vida fastuoso, para el que no hubiera bastado el doble de su fortuna. Compró magníficos carruajes, soberbios caba-

llos, una preciosa casa de campo, etc.; de modo que, por deslumbrar á sus amigos durante algun tiempo, gastó su capital, contrajo deudas, y á los dos años de la muerte de sus padres, no quedaba al pródigo un céntimo de la herencia del tio Benito.

Hubiera arrastrado Félix una vida miserable, á no ser por el cólera, que la terminó muy prematuramente, apoderándose de aquella naturaleza gastada por los vicios y los excesos, á que desde muy jóven se habia entregado. Su esposa le habia precedido al sepulcro, víctima de la melancolía.

¿Qué iba á ser de sus desdichados hijos? ¿Quién los acogeria?

Carlos, el hermano de su padre, era muy rico y nada disipador. Tal vez se apiade de aquellos desvalidos huérfanos, puesto que él no tiene hijos. Pero ¡ay! que Carlos era avaro, y el corazon del avaro no conoce la caridad. Carlos, en tanto que Félix disipaba su parte de herencia, se hacia mas y mas rico, afanándose por ganar, y, sobre todo, gastando lo menos posible: así que, por opuestos caminos, ambos hermanos habian llegado á la miseria; pues aunque Carlos era rico, en nada gozaba de sus riquezas, rehusándose, no solo las comodidades, sino hasta lo necesario á la vida. Vestia pobremente, y usaba sus ropas hasta que se le caian á pedazos; llevaba las medias rotas y los zapatos destrozados; comia menos de lo preciso para mantenerse, y descuidaba su salud por completo, temeroso siempre de gastar demasiado.

Si todas estas privaciones hubiesen tenido por objeto socorrer á los necesitados, ahorrar para ellos, el proceder de Carlos seria heróico, admirable: Carlos, en tal caso, hubiera sido un santo, pues los buenos se reducen á una pobreza voluntaria para ayudar á sus hermanos. Mas de lo que menos se ocupaba Carlos, era de agradar á Dios ni de favorecer al prójimo, al imponerse tan dura penitencia: su único fin era satisfacer su avaricia, aumentar su fortuna: jamás daba limosna á los pobres; y, cuando al morir su hermano, le llevó Isabel los huérfanos, rogándole que los acogiera, puesto que él no tenia hijos, echó de su casa á su hermana y á sus sobrinos, clamando contra la prodigalidad de Félix, causa de su muerte.

Isabel, la bondadosa Isabel, ni pródiga ni avara, era una buena cristiana y una excelente madre de familia: sabia que es locura derrochar los bienes, y, como vulgarmente se dice, arrojarlos por la ventana; pero conocia que el dinero es para emplearlo bien, y no para guardarlo, privándose de lo necesario: y ya que sus padres la habian dejado buenas rentas, aumentadas por los productivos negocios de su marido, empleaba su fortuna en educar y sostener decorosamente á su familia, sin olvidarse de los desgraciados, á quienes socorria con generosidad y amor, complaciéndose en visitarlos en sus tristes moradas.

Como Carlos rehusó admitir á los hijos de Félix, el



buen corazón de Isabel resolvió adoptarlos; y así lo hizo, con asentimiento de su esposo, que era, como ella, virtuoso y caritativo.

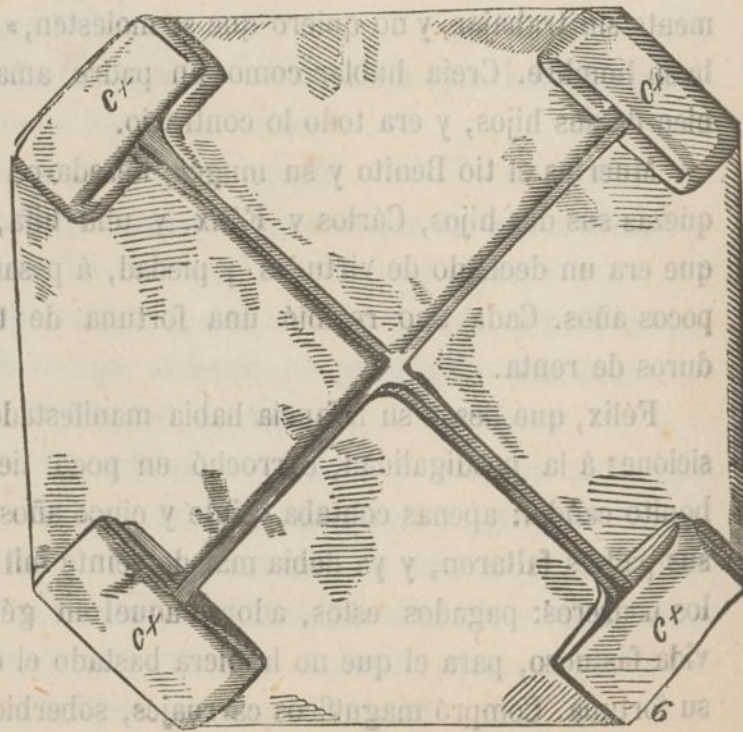
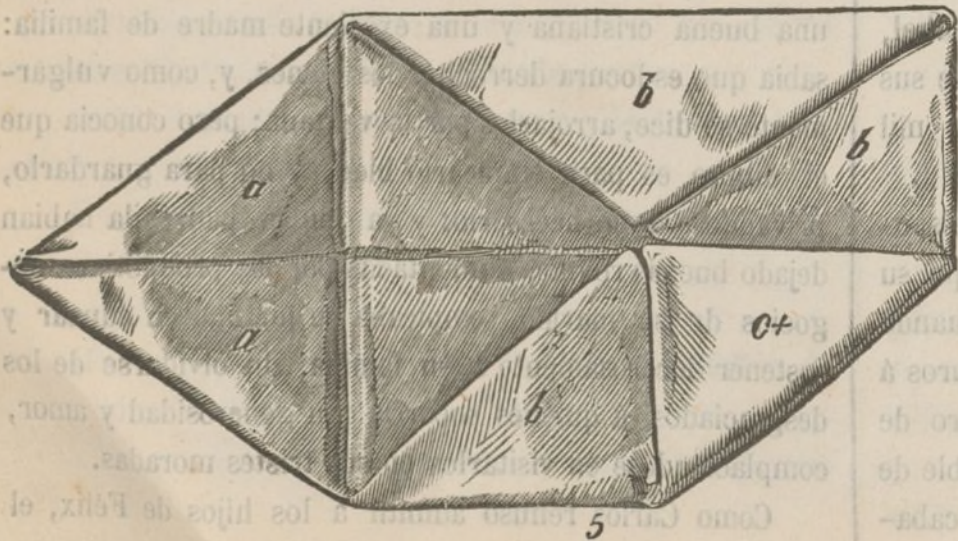
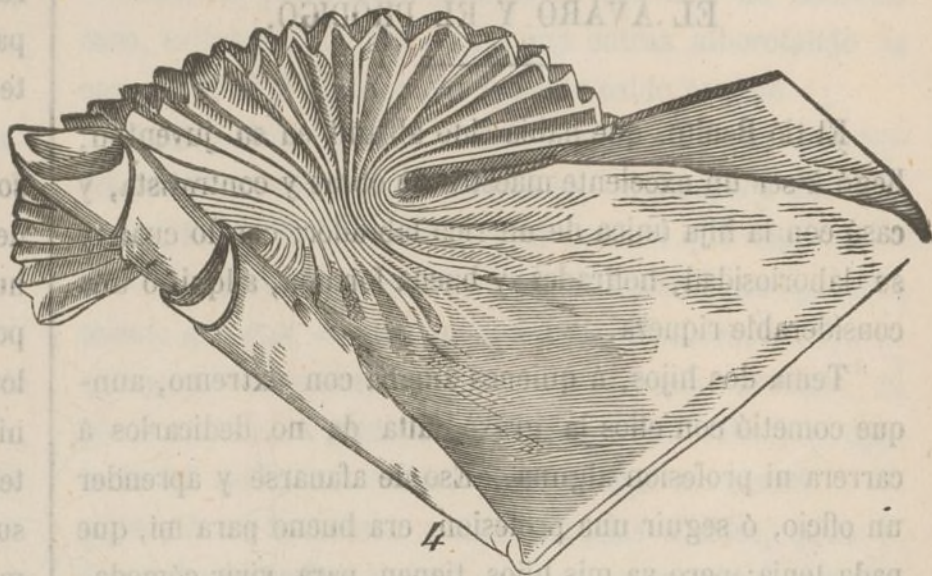
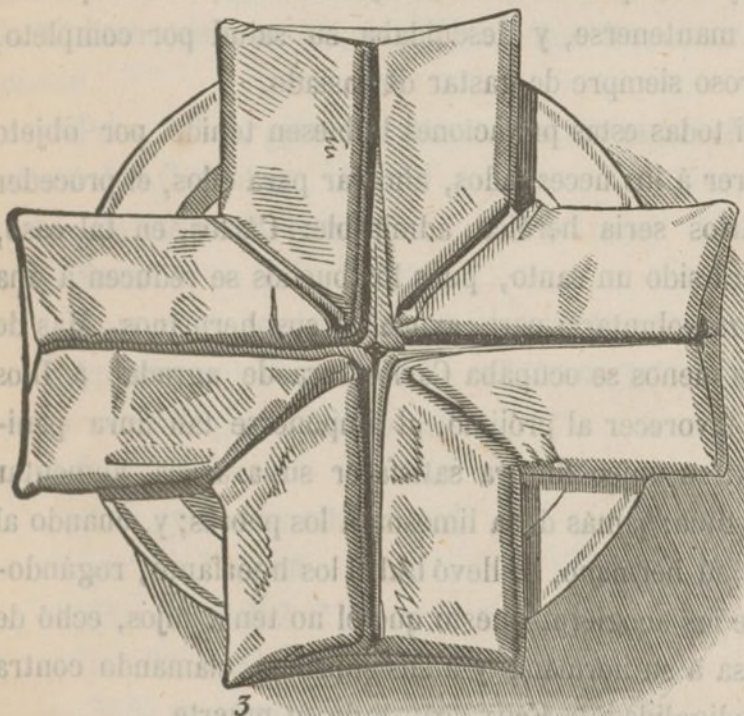
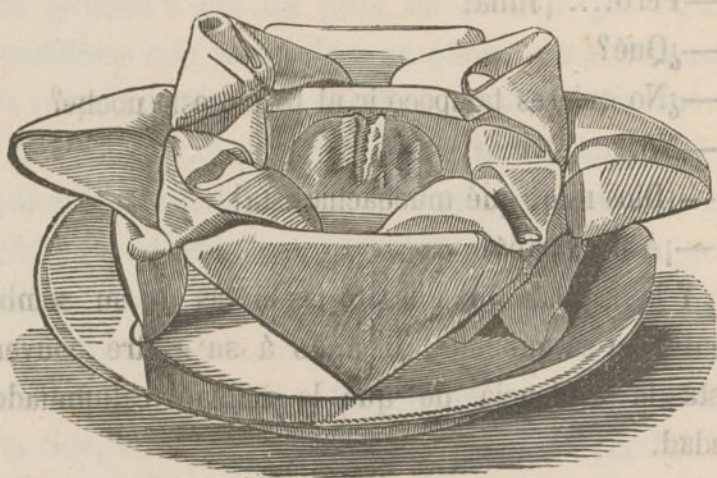
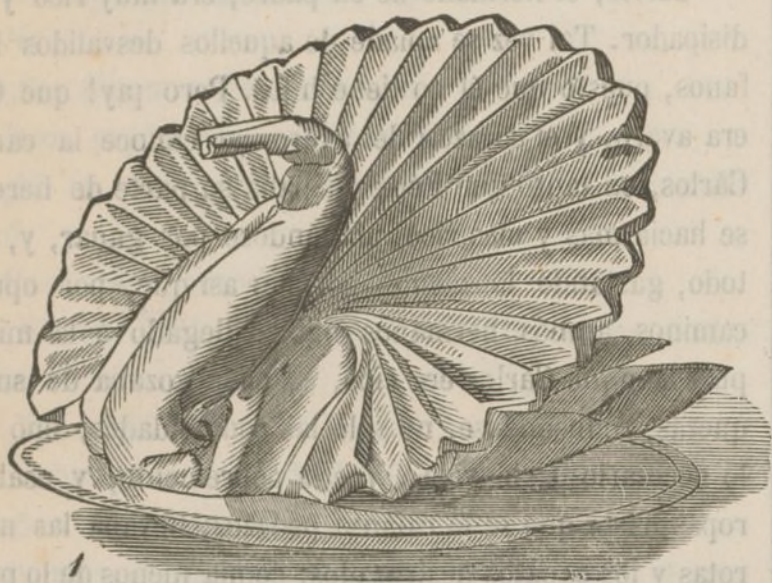
Algunos años después, halló Carlos la muerte en su misma avaricia, su pasión dominante, como Félix la había encontrado en su prodigalidad.

Cierto día, que llovía á torrentes, salió Carlos con sus zapatos rotos á recorrer la población á pié, pareciéndole un despilfarro el alquilar un carruaje: al volver á su casa, evacuados sus negocios, se sintió acometido de una aguda pulmonía: no quiso que se llamase al médico, ni

hacer remedio alguno, porque todo costaba dinero; mas á poco se halló tan mal, que tuvo miedo, é hizo llamar al médico; pero ¡era ya tarde! Y Carlos murió en la desesperación mas violenta, sin consentir que se llamase á un sacerdote, temiendo hubiese que remunerarle sus auxilios espirituales: vacías, pues, de buenas obras sus manos, vacías también de su oro miserable, fué á comparecer ante aquel Dios, que castiga al avaro y al pródigo, bendiciendo al que hace buen uso de sus riquezas.

C. A. de L.

### MODELOS PARA PLEGADOS DE SERVILLETAS.



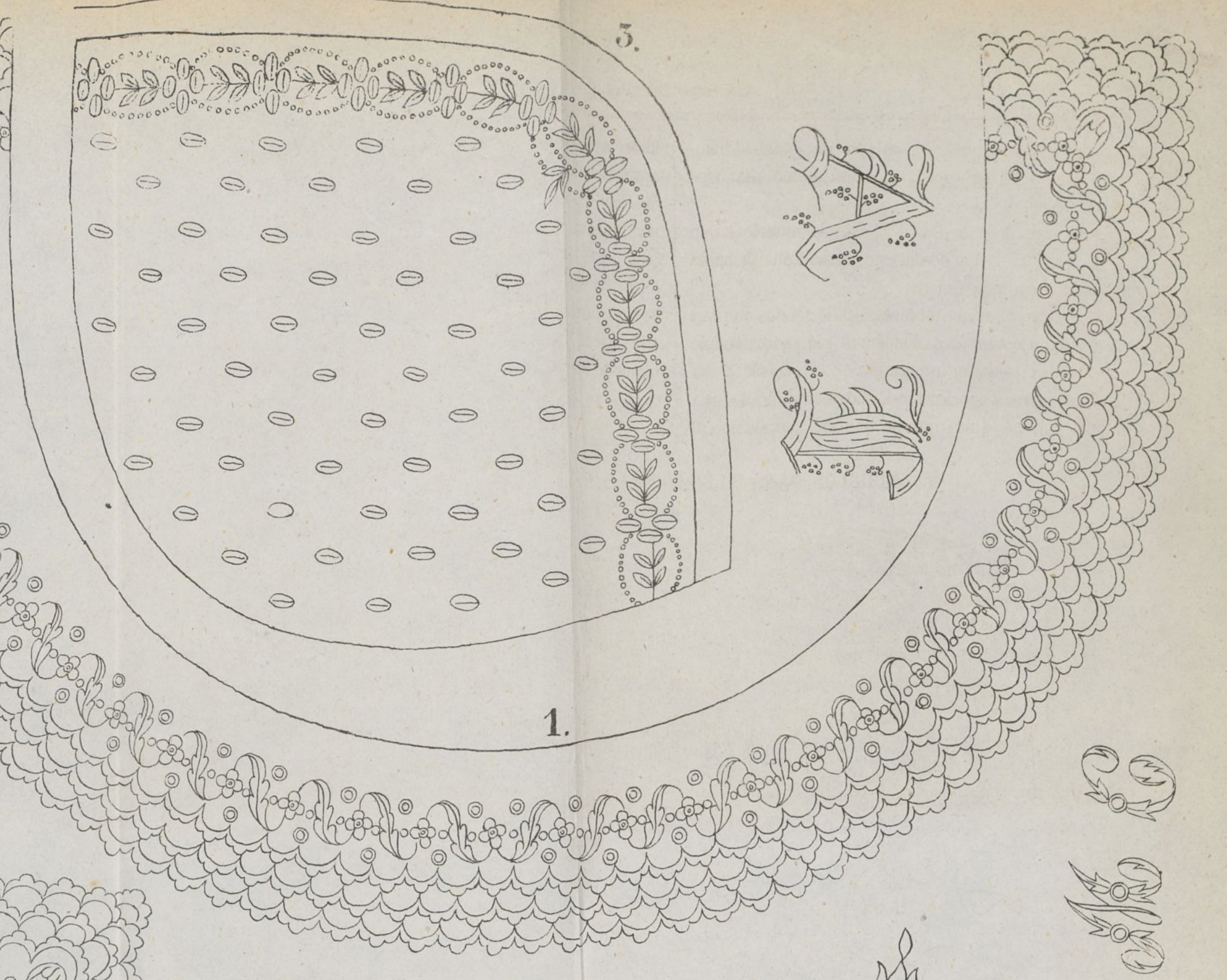
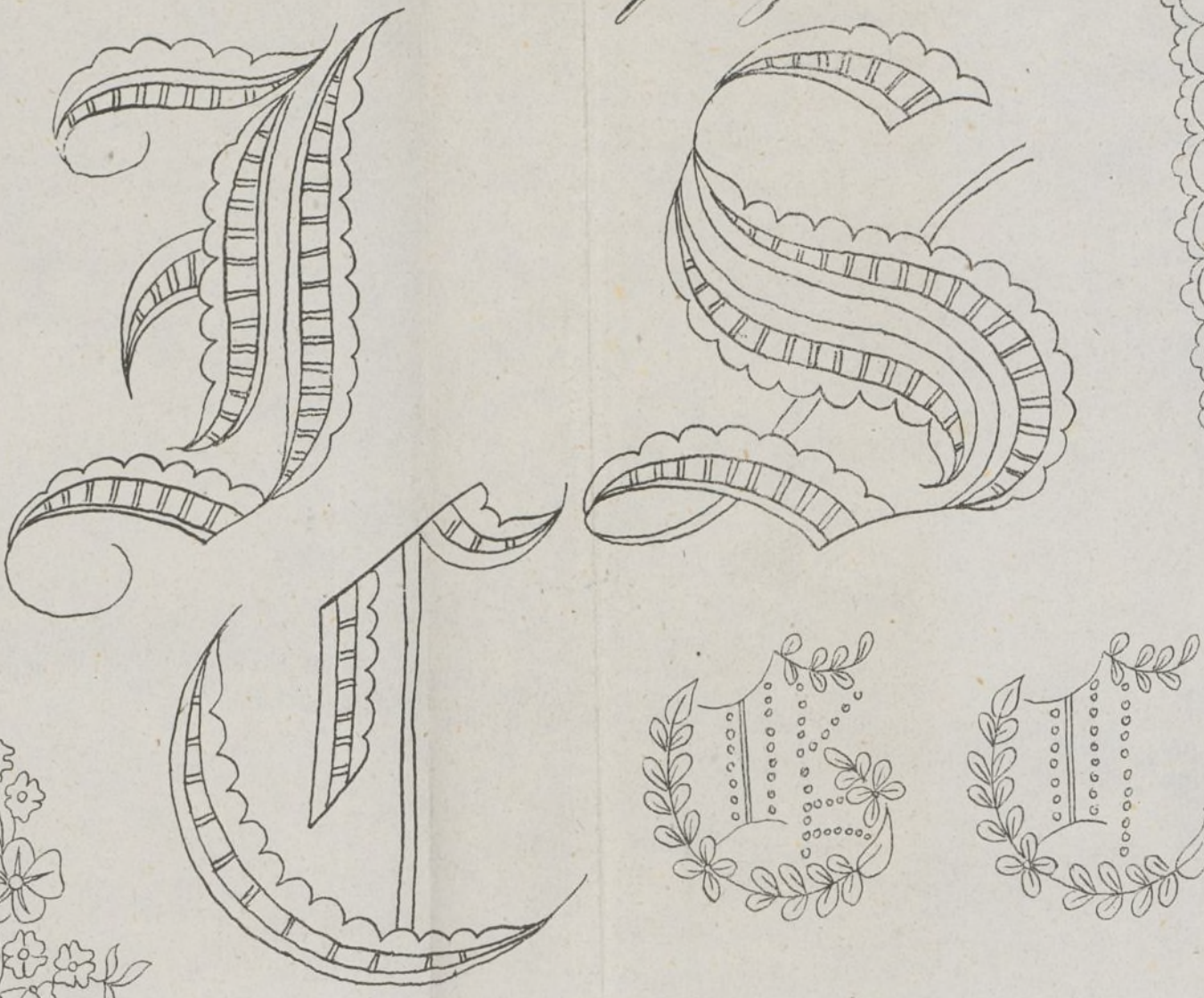


# LA EDUCANDA.

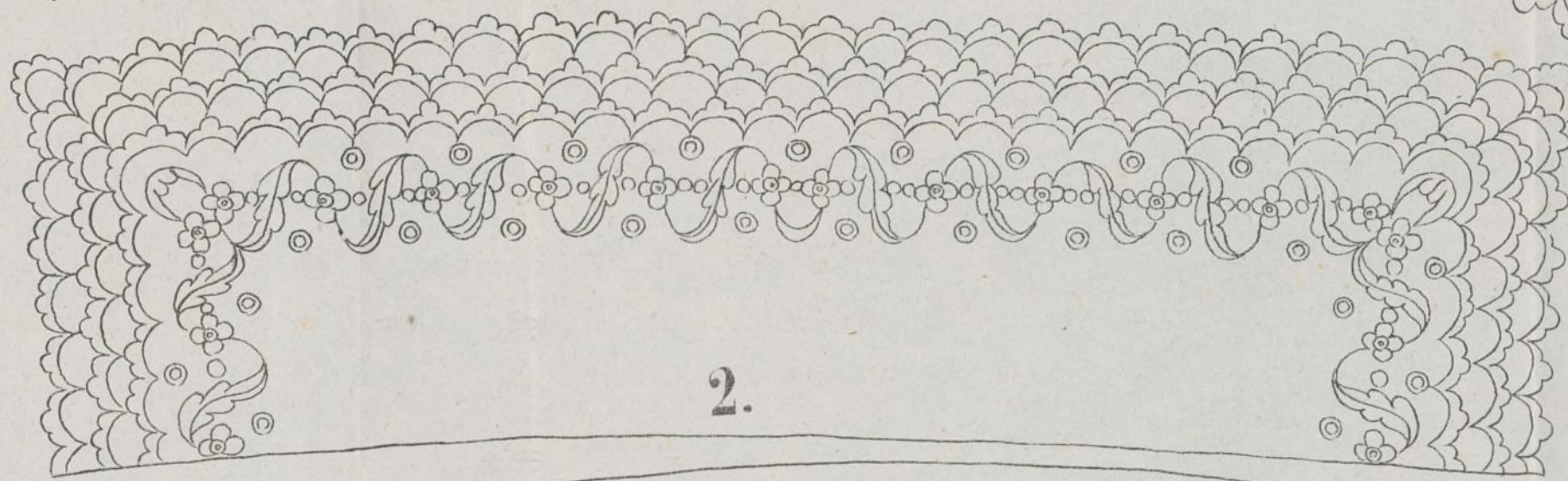
Abril, 1862.  
Huertas, 28, principal, Madrid.



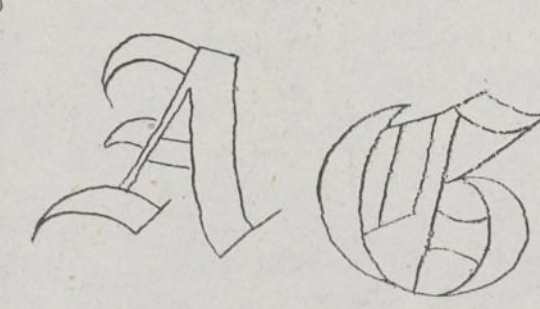
5.



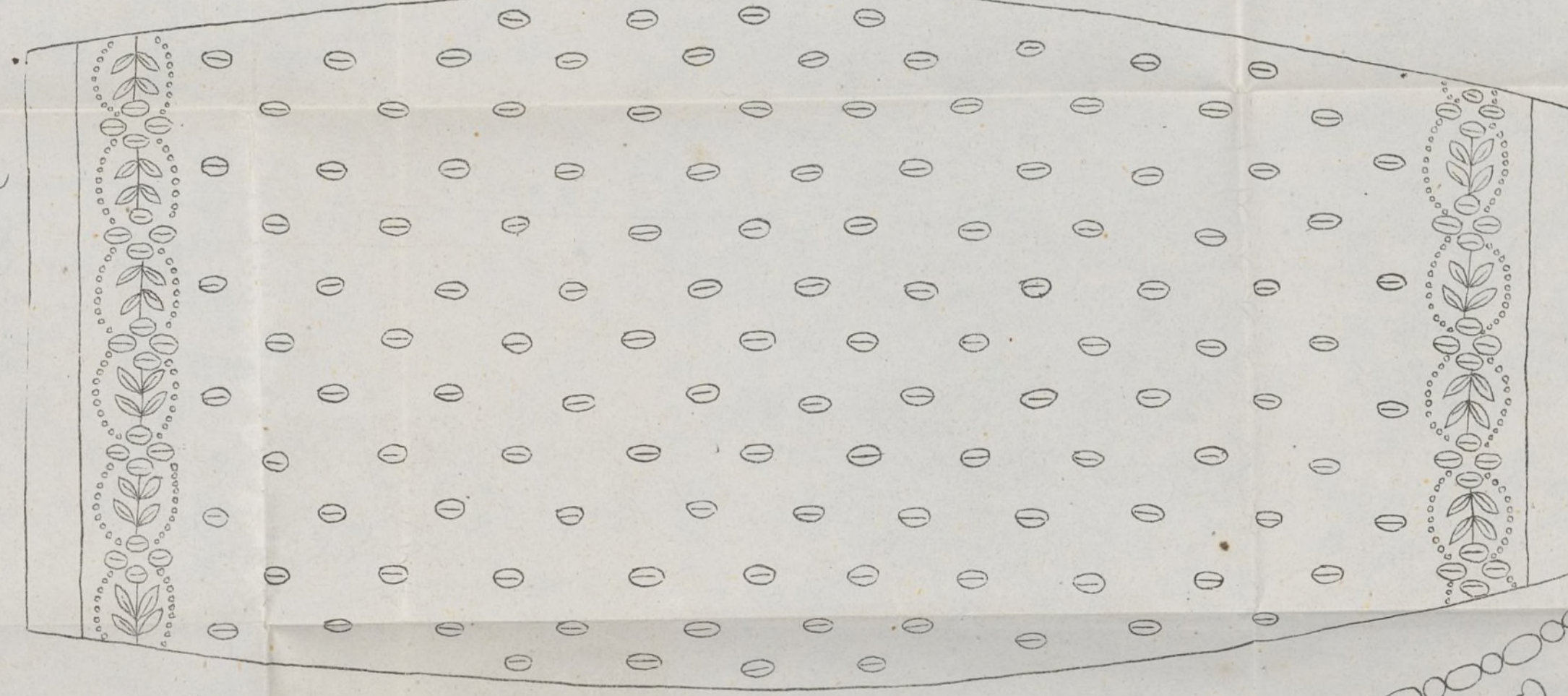
1.



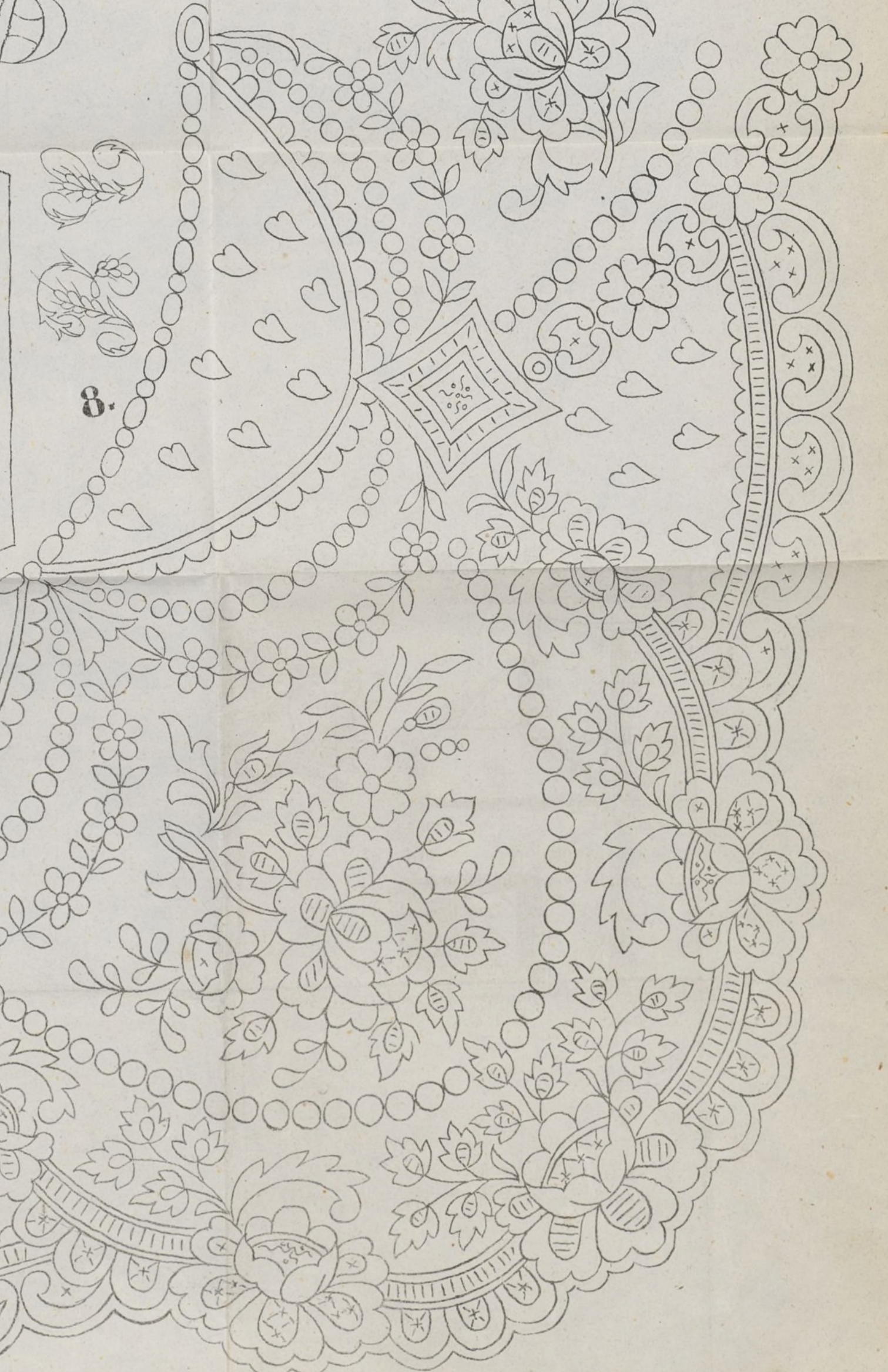
2.



9.



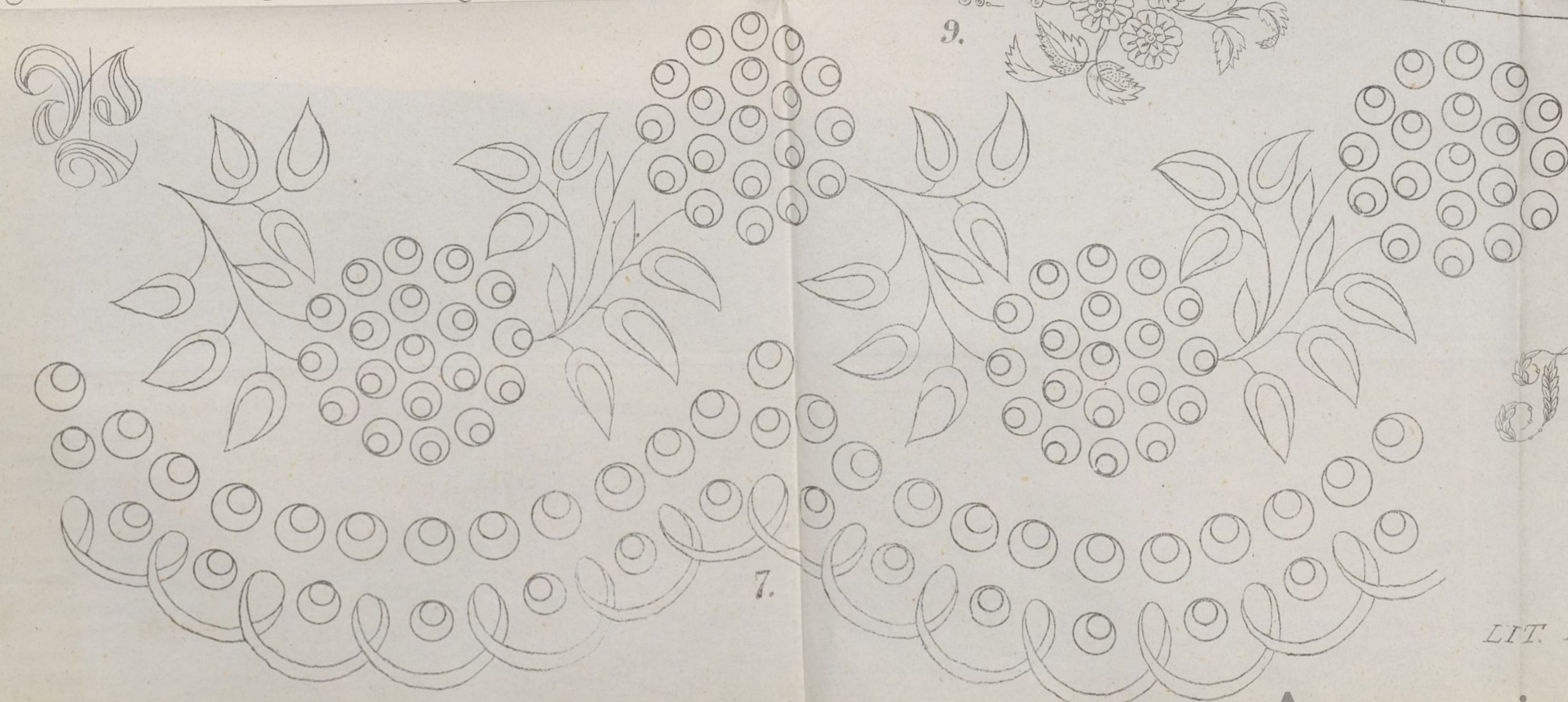
4.



8.



6.



7.



10.

LIT. NAGOT.

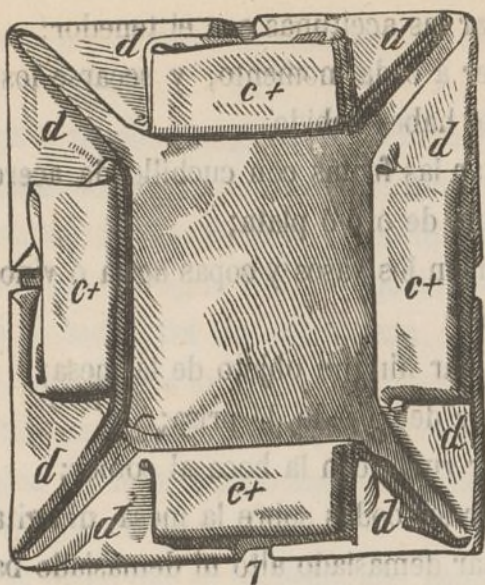
MADRID.

Ayuntamiento de Madrid









### USOS DE LA BUENA SOCIEDAD EN LOS CONVITES.

Para dar un convite, se empieza por elegir convidados que puedan complacerse mutuamente, ó soportarse por lo menos. Si es para caballeros, no debe haber mas señora que la del dueño de la casa.

Las invitaciones se deberán hacer con cinco ó seis días de antelación: está muy en uso hacerlas en persona; pero no está mal recibido que se hagan por escrito.

Toda persona invitada debe contestar desde luego si acepta ó nó. En este último caso, debe dar algunas razones plausibles; si acepta, no deberá faltar al compromiso contraído sin causa extraordinaria, y entonces tiene la obligación de advertir sin retardo el impedimento acontecido.

La lista de los manjares se hará según convenga al número, rango y sexo de los convidados; y sobre todo, según la posición social del anfitrión.

Como un convite casi nunca es un acto obligatorio, es necesario resolverse á que las cosas se hagan convenientemente; pues al imponerse un gasto de puro lujo, el que dá un convite se pondría en ridículo si manifestase mezquindad.

La mesa debe tener la extensión suficiente para que los convidados estén con la mayor comodidad.

Sobre cada servilleta debe encontrarse una tarjeta con el nombre de la persona á quien el sitio esté destinado.

Ya no es moda cubrir el mantel con un servilleton.

Ha vuelto á ser de rigor el plegar las servilletas, dándoles cualquiera de las formas que representan los grabados de este número, y que muchas de nuestras lectoras podrán ejecutar sin el auxilio de las explicaciones que daremos en el inmediato.

Cuatro copas son la escolta obligada de cada cubierto: una, la mayor, para el vino ordinario; otra, para los vinos de elección; otra, para el de Champaña, y la otra para los vinos de postres.

El aparador deberá estar abundantemente provisto de vajilla.

En las casas mejor montadas se cambia de tenedores

y cuchillos cada vez que se cambia de platos; en las de segundo orden se cambia de tenedores y cuchillos para cada servicio y después de haber comido pescado.

En los cuatro extremos de la mesa se colocan las botellas; y cuando los cubiertos pasan de doce, las habrá también en medio.

La disposición del alumbrado deberá concordar con el gracioso arreglo de las fuentes, de los objetos de plata y de los de cristal, como también, á veces, de las flores; pero es de desear que haya una araña por encima del centro de la mesa: los candelabros se colocan ventajosamente á cada lado.

He aquí los deberes de la señora de la casa antes de la comida, durante la misma y después:

Antes de la comida, debe cuidar de que todas las disposiciones estén bien tomadas, que todo sea bueno, y esté bien servido, aseado y brillante.

Durante la comida, debe complacer á todos con su afabilidad, su atención y sus cuidados.

Después de la comida, una señora bien educada no muestra, ante sus convidados, inquietud alguna por los manjares que han quedado.

Los deberes del convidado son numerosos: el primero es llegar á la hora señalada en la invitación. Es un escollo tan peligroso el llegar demasiado temprano, como demasiado tarde. En el primer caso se ocasiona un embarazo á toda la casa; el dueño no ha vuelto; la señora está ocupada en los indispensables aprestos del convite ó en sus operaciones de tocador; la chimenea no está encendida; el comedor está en desorden; no se sabe cómo hacer que el convidado espere, y si alguna persona de la familia se presenta para hacerle compañía, la conversación languidece pronto, y veinte veces vienen á interrumpirla para tomar órdenes. Los convidados tardíos no son menos insoportables. Si el anfitrión, después de haberlos esperado, toma el partido de mandar servir, ¿qué efecto pueden producir al llegar? En el momento en que todas las facultades están concentradas en el primer servicio, será necesario cambiar frías cortesías por frívolas excusas. Para remediar estos graves inconvenientes, solo hay una conducta que observar: el que note que ha llegado muy temprano, pretexto una visita en la vecindad y váyase á pasar una hora paseándose. En cuanto á los que se hayan tardado, no deben vacilar: que toquen á retirada y que en un buen *restaurant* se consuelen de no haber tomado parte en un convite donde solo podrían presentarse en calidad de *agua-fiestas*.

Cuando todos los convidados, reunidos en la sala principal, han sido presentados los unos á los otros por el dueño de la casa, este, luego que le anuncian que todo está dispuesto, se levanta y los invita á todos á pasar al comedor, dando él mismo el ejemplo, pasando primero, para introducirlos.



Se levantan todos los convidados, y cada caballero ofrece el brazo á una señora para conducirla hasta la mesa y al sitio en que esté inscrito su nombre.

Un convite de aparato nunca debe ser servido por mugeres, sino exclusivamente por hombres; y cuando los convidados entren en el comedor, los criados, puestos de gala, deberán estar de pié formando círculo alrededor de la mesa y á cierta distancia de ella.

El dueño y la señora de la casa se colocan en medio de los lados mayores de la mesa, despues de haber puesto á sus lados las personas á quienes quieren distinguir mas.

En los convites donde solo hay caballeros, cada uno se coloca donde quiere, despues que los dueños de la casa han designado los sitios de honor á las personas que los hayan de ocupar.

Los sitios de honor están á la derecha del dueño y de la señora de la casa.

Luego que todos han tomado asiento, el dueño de la casa sirve la sopa en platos colocados en pila á su izquierda, y los hace circular hasta que todos estén servidos: los criados se llevan los platos vacíos en que cada cual deja su cuchara.

En los grandes convites, en que el servicio se hace por hombres, los dueños de la casa no sirven los manjares ni los vinos: los criados ofrecen á los convidados los platos y las bebidas, nombrándolos.

En los grandes convites debe haber un sirviente encargado de trinchar. Este toma de la mesa los platos, los coloca sobre un aparador y los trincha. Si es una pieza de mucha estimacion, como un faisán, por ejemplo, vuelve á colocar todos los trozos cortados como cuando el animal estaba entero, sin olvidarse de restablecer la posicion de la cabeza y de la cola, conservadas con plumas por el cocinero, y pone el plato delante del dueño ó de la señora de la casa, quienes en estos casos se encargan de servir, como lo hacen con los platos de mas mérito.

El encargado de trinchar debe tener el acierto de cortar el manjar de cada plato en tantas partes iguales como personas hay en la mesa; y puede, con autorizacion del dueño, enviar con uno de los sirvientes una parte á cada convidado, ó hacer que los criados pasen los platos alrededor de la mesa para que cada cual se sirva.

Los criados deben cuidar que nada falte á cada convidado. Si observan que alguno carece de pan, deben presentarle el plato donde aquel está cortado en pedazos de unas dos onzas cada uno.

Son tambien usos de la buena sociedad en la mesa:

No desplegar completamente la servilleta para ponerla sobre las rodillas;

No usar el tenedor con la cuchara para tomar la sopa;

No cortar el pan con el cuchillo, sino partirlo con los dedos;

No tomar las aceitunas con el tenedor;

No beber á cada momento, y secarse los labios antes y despues de haber bebido;

No cortar las frutas con cuchillo de acero cuando lo haya con hoja de oro ó plata;

No dejar en los vasos y copas agua ó vino que se pueda derramar;

No derribar ningun objeto de la mesa;

No comer demasiado de prisa;

No hacer ruido con la boca al comer;

No poner los codos sobre la mesa, ni agitar los piés;

No hablar demasiado alto ni demasiado bajo;

No pasar la servilleta por los platos como hacen los que desconfían de la limpieza del servicio.

El anfitrión jamás alabará los manjares que aparezcan en la mesa.

Seria mas ridículo todavía que se disculpase por la mala comida que dá.

Es de mal tono instar mucho á los convidados para que sobrecarguen sus platos: despues de una ligera insistencia deben cesar las excitaciones, á menos que no se crea que se rehusa por discrecion.

Se distinguen los anfitriones de buen tono por la manera graciosa y fácil con que atienden á mil pormenores, sin trabajo, sin dificultad, sin tomar un aire inquieto y afanoso.

Es permitido felicitar á la señora de la casa por la delicadeza de los manjares; pero es necesario que estas manifestaciones no degeneren en énfasis gastronómico.

La cortesía exige que el caballero colocado junto á una señora ó un anciano, le ahorre toda especie de trabajo, vigilando cuidadosamente su plato y sus copas.

A los niños que no estén en edad de portarse con discrecion en la mesa, se les deberá servir aparte, no en el mismo comedor, sino en otra pieza.

Há mucho tiempo que se protexa contra el uso de poner al fin de la comida un enjuague delante de cada convidado.

A propósito de esto, he aquí la opinion del célebre autor de la FISIOLÓGIA DEL GUSTO, opinion á la cual nos adherimos completamente:

«He escrito que el vomitorio de los Romanos repugnaba á la delicadeza de nuestras costumbres, y temo haber cometido en esto una imprudencia, y tener que cantar la palinodia.

»Me explicaré:

»Hace unos cuarenta años que algunas personas de la alta sociedad,—casi siempre señoras,—tenían la costumbre de enjuagarse la boca despues de comer.

»Al efecto, en el momento en que dejaban la mesa, volvían la espalda á la reunion, un criado presentaba un vaso de agua, ellas tomaban un sorbo, que bien pronto arrojaban en la salvilla; el criado se lo llevaba todo, y la



operacion casi no se notaba, gracias á la manera como se hacia.

»Nosotros lo hemos arreglado de otro modo.

»En la casa donde se precian de observar mejores usos, los criados, al fin de la comida, distribuyen á los convidados vasijas con agua fria, en medio de cada una de las cuales se encuentra un vasito con agua caliente. En presencia los unos de los otros, introducen los dedos en el agua fria, para hacer como que se los lavan, toman buches de agua caliente, gargarizan con ruido y la vomitan en la vasija.

»No soy el único que se ha declarado contra esta innovacion, igualmente inútil, indecente y asquerosa.

»*Inútil*: porque los que saben comer tienen la boca limpia cuando concluyen, pues así la dejan los últimos líquidos que se han bebido en los postres. En cuanto á las manos, nada se debe hacer con ellas, de manera que se ensucien; y por otra parte, ¿no tiene cada uno su servilleta para enjugárselas?

»*Indecente*: porque es principio generalmente reconocido que toda ablucion debe hacerse en el secreto de todas las demás operaciones del aseo.

»Innovacion *asquerosa*, sobre todo: porque la boca mas linda y mas fresca pierde todos sus encantos cuando usurpa las funciones de los órganos evacuatorios. ¿Qué le sucederá á la que no es linda ni fresca? Pero, ¿qué decir de esos antros enormes que se abren para mostrar abismos que parecerian sin fondo, si no se descubriese en ellos puntas informes que el tiempo ha corroido?

»Tal es la posicion ridícula en que nos ha colocado una afectacion de limpieza pretenciosa, impropia de nuestros gustos y costumbres.

»Cuando una vez se han pasado ciertos límites, no se sabe adónde se irá á parar, ni qué purificacion no se nos llegará á imponer.»

El uso del mondadientes es tambien inadmisibile en presencia de los demás.

Despues de la comida, y cuando todos han vuelto á la sala principal, un criado trae el café y lo coloca sobre una consola. La señora de la casa toma la cafetera y llena las tazas. Si hay muy pocas personas, ella misma presenta las tazas á los convidados; pero si hay muchas, se encargarán dos criados de presentarlas, llevando uno la taza en una bandeja, y el otro el azucarero.

Generalmente, los caballeros toman el café de pié. Los que quieran tomarlo con un poco de coñac, encuentran botella y copas sobre la consola.

El café debe ser de la mejor calidad posible, es decir, que se debe llamar moka.

En el momento que se sirve, debe estar muy caliente.

Cuando queda en la cafetera, no es indiscrecion ofrecer un poco á un convidado que ha consumido su taza; pero seria descortesía pedirlo.

El café se toma en la taza, y nunca en el platillo.

Los anfitriones ofrecen generalmente los licores finos.

El que ha concluido de tomar su taza, debe colocarla sobre la consola, nunca sobre otro mueble cualquiera: los caballeros deben evitar este trabajo á las señoras.

No es permitido retirarse hasta una hora por lo menos despues de haber tomado el café.

Los anfitriones dejan seguir la conversacion digestiva hasta media hora despues del café: despues pueden invitar para el juego.

T.

#### Clarificacion y conservacion del vinagre rojo.

Echense tres grandes cucharadas de leche por cada litro de vinagre que se quiera esclarificar. Agítese la mezcla, y dejándola luego reposar algunas horas, se filtra al través de un papel gris.

Si despues de esta operacion conserva aun color el vinagre, se echa la misma cantidad de leche y se remueve de nuevo, y quedará perfectamente clarificado.

Cuando se desea conservar largo tiempo una gran cantidad del vinagre así clarificado sin que se altere, se encierra en botellas, que se colocan dentro de un baño lleno de agua que se hace hervir durante un cuarto de hora, y el vinagre así tratado se mantiene perfectamente por muchos años sin la menor alteracion.

#### Método para prevenir y aun quitar la cáries de los dientes.

El remedio que vamos á aconsejar es de una eficacia reconocida por numerosas experiencias, y lo recomendamos á nuestras lectoras para que por su aplicacion puedan conservar uno de sus mas bellos adornos, cual es el de conseguir que no se alteren la blancura y esmalte de sus dientes.

Para preparar y conseguir el líquido se mezclan

por 500 gramos de agua,

250 decigramos de alcohol

2 id. de sal amoníaco.

Para usar este líquido se toma una ligera cucharada y se introduce en la boca, manteniéndola el mayor tiempo posible entre los dientes careados ó amenazados de la cáries.

Excusado es advertir que uno de los mejores medios preventivos es la extremada limpieza de la boca; y que de nada sirven todos los remedios si hay negligencia, porque tras ella puede venir un gran número de afecciones.

#### Medio para reconocer si las telas se han blanqueado con cal.

El blanqueo por medio de la cal dá á las telas una blancura admirable, pero al mismo tiempo las quita una duracion tal, que al poco uso se abren y destruyen. No es, pues, económico el uso de estas telas para los que



no teniendo necesidad de sacrificar sus intereses al bien parecer, quieren, como primera y preferente cualidad en ellas, la duración. Para que estos puedan reconocer y desechar las telas blanqueadas de este modo, no tienen mas que tomar un pedazo, colocarlo en una taza y deramar sobre él ácido hidroclórico disuelto en agua. Si la tela contiene cal, producirá un ligero ruido acompañado de una ebullición bastante considerable.

E. M.

### MODAS.

Limitamos nuestra reseña de hoy á dar la descripción de varios trajes que han de interesar extraordinariamente á nuestras lectoras por su novedad y buen gusto, una vez que ya hemos indicado no há mucho los rasgos que fijan el carácter general de la moda en la estación presente y las variaciones mas notables de sus adornos y accesorios.

*Traje para mesa ó banquete.* Vestido de moaré antiguo malva, guarnecido de bullonados en crespon malva ribeteados de cinta estrecha de terciopelo negro, encuadrado de encaje negro: lleva una roseta de cinta malva en medio de los cuadrados formados por el entrelazado de bullones iguales á los de la falda que forman la delantera del vestido. Cuerpo escotado con la misma guarnición en lo alto y mangas formadas por el mismo encaje.

*Vestido de gasa de seda verde claro.* La falda guarnecida con un volante de encaje de treinta y cinco centímetros de ancho, al que vá sobrepuesto un rizado de cinta tafetan verde: sobre este volante otro de la misma clase, y ancho de quince centímetros, que termina á los dos lados anteriores por un roseton del mismo encaje, en cuyo centro vá un lazo de cinta. En el delantero lleva una gran rosa colocada sobre el rizado del primer volante con cinco ramas compuestas de rizados de cinta y encaje negro alrededor con sus rosas color de rosa en el centro. Los adornos de este vestido, cuyo cuerpo los lleva semejantes, imitando fissú con el encaje que forma el volante, pueden sufrir una modificación, sustituyendo al encaje gasa igual á la del vestido.

Del mismo modo el primer vestido puede servir para una toilette de estío, empleando el *bareje* ó muselina; en cuyo caso los bullonados serán muy poco fruncidos, el encaje que los guarnece se reemplazará por un volante estrecho de tres ó cuatro centímetros de ancho, fruncido solamente en los ángulos y muy ligeramente plegado en el resto: el cuerpo no llevará bullonados, sino un ligero fruncido ó en llano dispuesto en forma de berta.

*Vestido de seda verde inglés de medio matiz.* El bajo de la falda vá guarnecido, á una altura de cuarenta centímetros, por un encaje negro de ocho centímetros de ancho: este encaje está dispuesto á feston bien marcado y menudo, apenas fruncido, fijo en los ángulos y cosido á las dos orillas sobre el vestido: cuatro rosas, cuyas proporciones disminuyen gradualmente hácia arriba, forman el delantal. La manga es ancha, abierta hácia el codo, adornada con las mismas rosas, y guarnecida con un encaje negro sentado en llano á cada lado, y cuyo ancho disminuye hácia el talle: el cuello está guarnecido por un rizado, y á cada lado por un terciopelo negro: un rizado igual guarnece el puño de las mangas de muselina. Tocado de terciopelo negro.

*Vestido de glasé gris á rayas transversales grises de matiz mas subido que el vestido.* El bajo de la falda está guarnecido por dos volantes de ocho y siete centímetros de ancho, guarnecidos de tafetan azul celeste: un rizado escarolado del mismo color vá encima de los volantes; y un tercer volante de tafetan gris con guarnición azul, y sobrepuesto á él un rizado escarolado azul celeste sobre los anteriores con diez centímetros de ancho, sentado á feston entrelazado, completa el adorno. Cuerpo cerrado con botones azules, adornado por un rizado azul y un volante gris guarnecido de azul: mangas abiertas hácia el codo, guarnecidas con dos volantes adornados como los anteriores del vestido, y que terminan volviendo sobre sí mismos. Sombrero de crespon blanco con todos los adornos azules y cintas azul celeste.

EMILIA R. Y R.

### EXPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

PARA LA EDICION COMPLETA Y SUSCRICION ESPECIAL.

- Núms. 1 y 2. Cuello y puño á plumetís.
- Núms. 3 y 4. Gorro para niño de primera edad, al minuto.
- Núms. 5 y 6. Gorra de señora con tira á feston.
- Núm. 7. Tira ancha á feston para varios usos.
- Núm. 8. Rico pañuelo con bordado de aplicación y abierto.
- Núm. 9. Escudo á punto de armas.
- Núm. 10. Escudo á plumetís, feston y punto de rosa, con letras á plumetís.
- J. S. C. para juegos de cama, pedidas por una suscritora.
- G. C. id., para bordar al minuto.
- A. L. id., para pañuelo de mano.
- A. G. id., á realce.
- M. C. id., al pasado.
- B. C. id. id.